

## **Lucas 3:15-17, 21-22**

Sermón Lucas 3:15-17, 21-22 Bautismo de Jesús, 2013

“Como el pueblo estaba a la expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, respondió Juan, diciendo a todos: —Yo a la verdad os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá el trigo en su granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará. Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia».” (Lucas 3.15–17, 21, 22)

Hemos escuchado de Juan en los Evangelios del segundo y tercer domingo de Adviento. De hecho, parte de este texto se leyó también entonces. Allí el énfasis estaba en la obra preparatoria de Juan, su llamamiento al arrepentimiento, su trabajo de preparar los corazones del pueblo de Israel para recibir al Salvador que Dios hacía tanto tiempo había prometido enviar.

La predicación de Juan creyó una gran conmoción. Multitudes salieron al desierto para escuchar su mensaje y para ser bautizados por él. De hecho, muchos se quedaron tan impresionados que comenzaban a preguntar si Juan mismo no sería el Mesías, el Cristo profetizado. Fiel a su misión, Juan respondió a esa pregunta negando que lo fuera, y mostrando la grandeza inmensurablemente mayor que Juan de aquel que Dios enviaba para salvar.

Comenzó diciendo: “Yo a la verdad os bautizo en agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado”. Juan tenía una comisión de Dios. Debía bautizar con agua. No quiere decir que no hubo efecto salvador en el bautismo de Juan. Su bautismo también fue un bautismo de arrepentimiento para perdón de los pecados. Pero eso no se debía de ningún modo a su propio poder, ni pudo él por su persona producir ese efecto salvador. Más bien, otro fue quien hizo un válido medio de gracia el bautismo de Juan. Juan destaca el poder de esa persona diciendo que, a pesar de

todo su éxito en la predicación, a pesar de la honda impresión que hacía en la gente, él no era digno ni de hacer el trabajo de un esclavo para el que venía después de él. Dice Juan que éste que viene es más poderoso que él. Dice que él no es digno ni de desatar la correa de su calzado de aquel que viene. Para entender esa frase debemos saber que los discípulos en esos tiempos se dedicaban a hacer cualquier servicio que su maestro les pedía. Pero hubo una excepción. Quitar las sandalias de un maestro era demasiado degradante para que se pudiera esperar que el discípulo hiciera eso para su maestro. ¡Si Juan dice que él no es digno ni siquiera para hacer ese trabajo degradante para el Mesías que está a punto de revelarse, cuán grande debía ser ese que venía!

“Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”, dice Juan. El Mesías a quien Juan anunciaba sería él mismo el que daría validez y poder a su bautismo y al bautismo cristiano que Jesús después inauguraría. Él, que recibiría la plenitud del Espíritu Santo después del bautismo de Juan, para que él cumpliera la gran misión salvadora que el Padre le encomendaba, sería el que derramaría su Espíritu sobre su iglesia dando poder a ellos para continuar su misión de hacer discípulos a todas las naciones mediante el bautismo y la proclamación del perdón de los pecados por medio de su obra expiatoria en la cruz.

La referencia aquí es a lo que sucedería en el día de Pentecostés, el día que el Señor mismo dijo que los discípulos deberían esperar en Jerusalén, cuando recibirían lo que Jesús les enviaría: “Ciertamente, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24.49) . En ese día 3000 fueron añadidos a la iglesia por medio del bautismo cristiano, después que Pedro les había instruido: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38).

Pero esto sucedería cuando Jesús ya haya cumplido toda su obra de salvar a la humanidad con su propia vida perfecta y luego su horrible sufrimiento y muerte por los pecados del mundo. Sólo después de su muerte, resurrección y ascensión derramaría su Espíritu sobre toda carne. ¿Pero cómo entró en esa misión, y cómo se demostró que él debería ser ese personaje mucho más grande que Juan de que él habló a los judíos que salieron para escucharlo y ser bautizados por él? Lucas nos dice en los

últimos dos versículos de nuestro texto. Allí tenemos la atestiguación celestial de que Jesús es en verdad Aquel que venía, el que salvaría a los suyos pero que enviaría al castigo eterno a los que lo rechazaran.

El texto dice: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”.

Lucas no entra en detalles en el bautismo mismo de Jesús. Presenta el simple hecho de que Jesús se presentó y fue bautizado. Sin embargo es significativo cuando dice que “cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado”. Lo anómalo de todo esto es que el bautismo era un bautismo de arrepentimiento, pero aquí se presentó uno que no tenía pecado de qué arrepentirse. Cuando Juan, según Mateo, objetó, Jesús respondió: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3.15). Aunque era sin pecado, Jesús declaró su solidaridad con los pecadores a los cuales vino para redimir, siendo bautizado con ellos. Tomaba todo su pecado de los hombres sobre él y los llevó a su bautismo, para dar poder para perdonar el pecado a nuestro bautismo. En esta acción se dedicaba públicamente a su misión de salvar a los pecadores de sus pecados.

Tan pronto como había sido bautizado, Lucas nos indica que Jesús estaba orando. Estaba en su estado de humillación, así que expresó su absoluta dependencia de su Padre celestial orando a él y pidiendo a él la fuerza que necesitaría para cumplir con esta gran tarea, la salvación de los pecadores. Siempre en la preparación para los pasos decisivos para nuestra redención, encontramos a Jesús orando a su Padre. ¿No hay una lección para nosotros aquí cuando a nosotros nos enfrenta una difícil tarea en servicio de nuestro Señor?

Luego escuchamos que “el cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma”. Esto es lo que permitió a Juan identificar a Jesús como el Mesías cuyo camino él había venido para preparar. En la lección del Antiguo Testamento el Señor promete acerca de su Siervo que daría su vida por muchos: “He puesto sobre él mi espíritu”. En el capítulo 11 de Isaías tenemos más detalles: “y reposará sobre él el espíritu de Jehová: espíritu de sabiduría y de inteligencia,

espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos ni resolverá por lo que oigan sus oídos, sino que juzgará con justicia a los pobres y resolverá con equidad a favor de los mansos de la tierra. Herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío” (Isaías 11.2–4).

En el Evangelio de Juan, Juan el Bautista declara que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. “Además, Juan testificó, diciendo: «Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y que permaneció sobre él. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto y testifico que este es el Hijo de Dios»” (Juan 1.32–34). Y en el capítulo 3 Juan declara de Jesús: “El que viene de arriba está por encima de todos; el que es de la tierra es terrenal y habla de cosas terrenales. El que viene del cielo está por encima de todos, y de lo que ha visto y oído testifica, pero nadie recibe su testimonio. El que recibe su testimonio, ese atestigua que Dios es veraz, porque aquel a quien Dios envió, las palabras de Dios habla, pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3.31–34). Como comentó August Pieper sobre Is 42: “Ése es todo su equipo. Para la tarea asignada, no necesita nada más, ningún poder externo”. Con el poder pleno del Espíritu Santo para fortalecerlo según su naturaleza humana, podrá hacer todo lo que se le ha asignado. No fallará en obtener la redención, en justificar a los que por naturaleza son impíos y perdidos y condenados.

Pero ni termina todo allí. Dios mismo habla y declara su elección de este hombre como su Siervo por medio de quien obrará la salvación del mundo. “vino una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia»”. Aquí habló el mismo que habló en profecía por medio de Isaías: “«Este es mi siervo, yo lo sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento. He puesto sobre él mi espíritu; él traerá justicia a las naciones” (Isaías 42.1). El escoger de Dios es algo que hace con amor, de modo que es totalmente apropiado aquí que el “escogido” de Isaías 42:1 es llamado el Hijo amado. El mismo Padre celestial está contento con este Siervo suyo que se dedica conforme a su plan a la gran obra de nuestra salvación.

Seguramente cuando vemos cómo el mismo Padre celestial declara su amor y su complacencia en él cuando se dedica a

nuestra salvación, tenemos suficiente para llenarnos de gozo y alegría por lo que sucedió en esta ocasión del bautismo de nuestro Señor. Pero pensemos todavía un poco más sobre las bendiciones que nos vienen por este acontecimiento. Porque él recibió aquí la plenitud del Espíritu para cumplir esa obra, ahora con la obra completada puede derramar su Espíritu sobre cada uno de nosotros en nuestro bautismo, como Pedro declaró en el día de Pentecostés. Y porque él, el Hijo amado de Dios, se dedicó aquí a nuestra salvación y la logró, ahora en nuestro bautismo Dios nos declara también a nosotros sus hijos. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3.1). ¿No ven aquí el amor de todas las tres personas de la Santa Trinidad para nosotros en lo que se revela aquí en esta ocasión? ¿Podemos dudar que Dios desea nuestra salvación cuando toma todo este cuidado para establecer todas las condiciones para que Cristo logre esta salvación? Miren nada más lo que el apóstol Juan nos declara en su Primera Epístola: “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3.2) Amén.